



26/2023

13 de marzo de 2023

*J. Enrique Fojón Lagoa ****Realismo o liberalismo. Dos formas de entender el mundo****Realismo o liberalismo. Dos formas de entender el mundo****Resumen:**

Se afirma que las teorías de las relaciones internacionales son faros, lentes de filtros que nos dirigen a lo esencial, según cada una de ellas, para comprender qué ocurre en el mundo. Las dos principales escuelas de pensamiento son el realismo y el liberalismo, cuya praxis se convierte en referencia política para entender qué está pasando en el presente.

Palabras clave:

Realismo, liberalismo, orden basado en reglas, hegemonía.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Realism o liberalism, two ways of understanding the world

Abstract:

It is claimed that theories of International Relations are beacons, filter lenses that direct us to what, according to the theory, is essential to understanding what is happening in the world. The two main schools of thought are Realism and Liberalism. The praxis of these theories becomes political references to understand what is happening in the world.

Keywords:

Realism, Liberalism, Rules-based Order, Hegemony.

Cómo citar este documento:

FOJÓN LAGOA, José Enrique. *Realismo o liberalismo, dos formas de entender el mundo*. Documento de Opinión IEEE 26/2023.
https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2023/DIEEEO26_2023_ENRFOJ_Realismo.pdf y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

El mundo que ya fue

En los últimos veinticinco años, los límites del debate geopolítico se han ido reconformando desde la hegemonía americana hacia una situación competitiva entre grandes potencias. La hegemonía americana se ha impregnado de cierta añoranza tras veinte años de guerras fallidas que han quebrado la mesiánica actitud de los Estados Unidos de estar ungidos para difundir por el mundo la libertad y la democracia, como defendían los neoconservadores a finales de los noventa. La confianza de los internacionalistas liberales tampoco es la misma que cuando se empleaba la expresión «nación indispensable» para referirse a Estados Unidos en el apogeo de su poder unipolar. Durante la Administración Trump, los internacionalistas liberales se debatieron entre la introversión del «America first» —el rechazo del multilateralismo por la opción nacionalista— y el denominado «transnacionalismo economicista»¹.

Durante la pasada década, una nueva narrativa se impuso en el ámbito de geopolítica: la competición entre grandes potencias. Mientras que los noventa se consideran la década de la globalización y la difusión de los derechos humanos universales, sucesos como la crisis financiera de 2008, el Brexit o la presidencia de Trump, junto con el auge del populismo y del nacionalismo, han marcado una nueva visión del contexto internacional. Por su parte, los líderes de China y Rusia han evitado integrarse en el orden mundial y han tratado de actuar de *motu proprio*.

Cuando el 24 de febrero de 2022 Rusia lanzó su invasión a gran escala contra Ucrania, muchos analistas y académicos occidentales especialistas en relaciones internacionales se sintieron tentados a identificar el comportamiento de Rusia con el final del «fin de la historia»², a la vez que seguían con atención las consecuencias del nacionalismo de Xi Jinping, pues la autoafirmación china en el mar del Sur de China puede, hipotéticamente, culminar en la invasión de Taiwán.

Mediante la noción de «competición entre grandes potencias» se alude a la transición hacia un contexto geopolítico distinto a la égida unipolar de Occidente, conocida como «orden mundial». Puede que lo que está por venir sea una estructura multipolar concebida en términos de esferas de influencia o algo muy diferente, como un mundo

¹ PORTER, Patrick. *The False Promise of Liberal Order*. Polity Press, 2020, p. 8.

² SAXER, Marc. «The end of the end of history», *IPS Journal*. 13 de julio de 2022. Disponible en: <https://www.ips-journal.eu/topics/foreign-and-security-policy/the-end-of-the-end-of-history-6063/>

multipolar en el que el poder de establecer reglas esté regionalizado y pluralizado³. La narrativa de la competición entre grandes potencias facilita el camino para reflexionar sobre la imprevisibilidad del futuro en términos de categorías históricas, intentando combinar el posible porvenir con la inercia de la historia. Cuando se toman como referencia grandes espacios continentales y se superponen esferas de influencia, se construye un marco de análisis realista.

Realismo vs. idealismo

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la sociedad internacional ha tratado de encontrar una respuesta a la pregunta de si es posible establecer un orden internacional liberal basado en reglas. La historia enseña que el contexto internacional es anárquico o, lo que es lo mismo, que los Estados poderosos podrían, si así lo eligiesen, hacer prevalecer sus intereses en gran medida, utilizando el poder y desafiando las reglas.

Durante las últimas décadas de hegemonía de los Estados Unidos, la percepción de la situación cambió al imponerse la narrativa liberal de que la política exterior de todo Estado, grande o pequeño, debería tener como principio el respeto a las reglas internacionales, absteniéndose de ejercer el poder fuera de este marco. Las democracias liberales adoptaron nominalmente ese concepto, que en Occidente se materializó en la percepción de que existía un orden internacional. Dicho de otra forma, se ha vivido, y actuado, arrumbando el hecho de que la sociedad internacional se configura como un escenario anárquico donde se emplea el poder político. La experiencia dicta que incluso un orden internacional liberal basado en reglas no puede ser estable a menos que esté respaldado por el poder, incluido el poder militar.

El ambiente internacional se ha percibido como estable desde Occidente durante el periodo en que los Estados Unidos han liderado su conformación y otras potencias influyentes han cooperado con ellos. En la raíz de las recientes disrupciones de la situación se encuentra la relativa disminución de la capacidad de influencia de los Estados aludidos, debido a cambios en la distribución del poder en el contexto internacional y a la evolución de sus sociedades. Para mantener un teórico orden,

³ SPECTER, Matthew. «Realism after Ukraine: A critique of geopolitical reason from Monroe to Mearsheimer», *Analyse & Kritik*, vol. 44, n.º 2. Noviembre de 2022. Disponible en: <https://www.degruyter.com/document/doi/10.1515/auk-2022-2033/html>

siguiendo la definición de Kissinger, debería existir una estructura de poder internacional estable⁴.

El impacto de la invasión rusa de Ucrania, combinado con la influencia de China para cambiar el *statu quo* en el Indopacífico, ha sumido el orden internacional liberal, basado en reglas, en una crisis sin precedentes. Las potencias que preconizan y mantienen ese orden —como Estados Unidos, Japón y algunos países europeos— son conscientes de que protegerlo constituye para ellas un interés nacional, lo que implica que, si alguna potencia altera el *estatu quo*, se debe asumir el cometido de confrontarla mediante el ejercicio del poder, incluido el empleo de la fuerza militar. En este sentido, sin caer en idealismos fantasiosos, la pretensión del orden internacional liberal es solventar el difícil vacío entre la anarquía natural del contexto internacional y el deseo de alcanzar la paz con una menor dependencia del ejercicio del poder.

El realismo surge de la premisa básica, conformada desde la evidencia, de que la guerra es una posibilidad permanente, ya que lo normal es que los Estados compitan mediante las diferentes modalidades de empleo del poder, restringidas por la disuasión. Las guerras ocurren porque no existe una agencia o autoridad central que pueda proteger a unos Estados de otros y evitar que se enfrenten, si así lo deciden.

Desde el liberalismo, las relaciones internacionales se contemplan de forma diferente. En lugar de concebir a las grandes potencias enfrentándose por el mismo problema y hacer hincapié en la necesidad de seguridad en un mundo donde la guerra es una espada de Damocles, el liberalismo sostiene que la conducta de los Estados está impulsada principalmente por su idiosincrasia y la naturaleza de las relaciones entre ellos. La teoría liberal divide el mundo en «Estados buenos», aquellos que encarnan los valores liberales, y en «Estados malos». El liberalismo sostiene que los conflictos surgen fundamentalmente de los impulsos agresivos de autócratas, dictadores y otros líderes antiliberales. Para los liberales, la solución pasa por el derrocamiento de los tiranos, la difusión de la democracia y el libre mercado y la actuación de las instituciones internacionales. Todo ello se fundamenta en la creencia de que las democracias no

⁴ KISSINGER, Henry. *World Order: Reflections on the Character of Nations and the Course of History*. Penguin Books. 2014.

luchan entre sí, especialmente cuando están unidas por el comercio, la inversión y un conjunto de reglas acordado.

Cosmovisión del realismo

La teoría del realismo defiende que la característica fundamental de la sociedad internacional es su naturaleza anárquica y que, en consecuencia, las relaciones internacionales deben presuponer como principio básico de su política la pugna por el poder entre las naciones. El realismo ha ocupado durante mucho tiempo una posición dominante en la erudición de la política internacional.

En cuanto a la sociedad nacional, constituida en Estado, la autoridad pública sobre sus miembros, individuos y grupos conforma el elemento central, pues previene o sanciona las violaciones por parte de la ciudadanía de las reglas establecidas. También se espera de un gobierno central que prevenga y sancione el uso privado de la violencia por parte de la ciudadanía. Mientras tanto, la sociedad internacional no tiene un gobierno central, un gobierno mundial que esté por encima de los Estados. Esto supone la ausencia de una entidad que pueda prevenir o sancionar las violaciones de las normas por parte de los Estados y, en particular, de una entidad que pueda prevenir o sancionar el uso privado de la fuerza por parte de los Estados.

Como resultado, en la sociedad internacional un Estado no puede esperar reparación por parte de una entidad superior cuando sus derechos son violados injustamente por otros o cuando su supervivencia o prosperidad están amenazadas. El ejemplo paradigmático son las Naciones Unidas, una amalgama de Estados soberanos que actúan en favor de sus intereses nacionales: la organización no está por encima de los Estados y, por lo tanto, no puede actuar como un gobierno mundial. Un Estado tampoco puede esperar que otros lo ayuden como si se tratara de algo natural; un Estado debe, en última instancia, proteger sus derechos, supervivencia y prosperidad a través de la autoayuda. Dado que la autoayuda requiere poder, los Estados están obligados a tener una amplia percepción de la naturaleza de las relaciones de poder relativas con otros Estados, especialmente con aquellos percibidos como una amenaza.

La «corrección» del realismo, como se ha expuesto, pone en clara evidencia las limitaciones del liberalismo como la teoría rival más influyente. Aunque resulta evidente

que los fundamentos de las dos teorías difieren, la apuesta liberal fundamental se basa en que las relaciones internacionales no siempre evolucionan, como afirma el realismo, sobre la base de la competencia interestatal y la confrontación bajo la anarquía.

El liberalismo reconoce que el sistema internacional actual se encuentra en un estado de desorden, que, debido a esta situación, las relaciones interestatales contienen potenciales elementos de competición y confrontación y que el poder militar juega un papel crítico en la política internacional. Al mismo tiempo, cree que con el ingenio y el esfuerzo humanos es posible eliminar, o al menos mitigar, la competición y los conflictos interestatales para transformar el mundo en un lugar más pacífico y seguro. Los orígenes de tal línea de pensamiento se remontan al optimismo de la Ilustración del siglo XVIII, que consideraba posible mejorar el mundo a través de la razón. El ingenio, de particular importancia a este respecto, incluye el desarrollo del derecho y las normas internacionales.

No obstante, la presente situación internacional ha puesto de manifiesto que ni el derecho y las normas internacionales ni las instituciones internacionales, por sí solos, han podido detener o abordar la agresión de Rusia contra Ucrania.

La hegemonía

Existen razones históricas por las que el idealismo, actualmente materializado como liberalismo, ha persistido en las consecutivas Administraciones estadounidenses desde la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, este ha tenido sustanciales repercusiones en Occidente. En contraste con el liberalismo, el realismo contempla las relaciones internacionales a través de una concepción de la realidad más limitada y trágica que la que corresponde al ámbito nacional: el elemento fundamental es el poder, cuyos factores son la diplomacia, la economía, la información y el poder militar.

En Estados Unidos, el liberalismo y el realismo han coexistido durante décadas. El primero cumple una función ideológica y doctrinal; el último actúa como un tutor oculto que compensa los excesos ideológicos con pragmatismo. De ahí la tan criticada política de doble rasero estadounidense. Las consecuencias de combinar los valores con el ejercicio del poder están en el centro del debate entre idealismo y realismo, por lo que

gestionar las limitaciones del idealismo podría ser el mayor desafío que afronta Occidente.

Durante el histórico momento unipolar⁵ que sucedió al periodo conocido como Guerra Fría, la política exterior estadounidense trabajó para expandir los principios de libertad y democracia sobre las ruinas del comunismo y reemplazar, mediante una nueva cruzada, las dictaduras hostiles en el Medio Oriente⁶. No hizo falta mucho tiempo para comprobar que una finalidad utópica —aunque se denomine estratégica— y el empleo de intervenciones militares para alcanzarla acaban trayendo solo desgracias. Afganistán e Irak son claros ejemplos. En las últimas dos décadas, el internacionalismo liberal también ha conformado la política estadounidense hacia China y Rusia. Esta política, especialmente durante las Administraciones de George W. Bush y Obama, se basó en el libre comercio y la democratización y tenía como finalidad publicada la democratización orientada a crear una clase media próspera tanto en Rusia como en China, a su vez, respaldada por derechos políticos y humanos.

Asumir la existencia de una relación causal lineal y simple entre el libre comercio y la democracia, como la occidental, y creer que esta tendría fácil aplicación en sociedades extranjeras es una proposición inane al dar por hecho que un mero cambio de régimen resolvería las complejidades culturales de esas naciones ajenas históricamente a la democracia. No obstante, el fundamento de la expansión democrática fue el *leitmotiv* de las Estrategias de Seguridad Nacional desde la Administración Clinton hasta la de Obama.

Sin embargo, no se pueden subestimar las consecuencias de que la seguridad nacional de Estados Unidos se haya basado en esa política, ya que la competición entre grandes potencias facilita que el sistema internacional se oriente hacia un orden multipolar. El fortalecimiento y el alcance del poder económico y militar chino, junto con la asertividad rusa, se han puesto de manifiesto físicamente fuera del ámbito euroasiático, donde ambas potencias compiten con los Estados Unidos en espacios considerados como esferas de influencia estadounidenses. Lo constatan la orientación hacia el Ártico, la Belt

⁵ KRAUTHAMMER, Charles. «The unipolar moment», *The Washington Post*. 20 de julio de 1990. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/archive/opinions/1990/07/20/the-unipolar-moment/62867add-2fe9-493f-a0c9-4bfba1ec23bd/>

⁶ KRAUTHAMMER, Charles. «The unipolar moment», *Foreign Affairs*. Septiembre de 1990. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/1990-01-01/unipolar-moment>

and Road Initiative, la ejecución de ejercicios militares combinados y hasta su actuación en África. Las relaciones sincréticas y estratégicas de China y Rusia surgen, entre otras vinculaciones, de una visión geopolítica similar, dedicada a trazar un orden internacional alternativo que no esté bajo la órbita de Washington.

Se apunta como una de las mayores incoherencias de la hegemonía liberal de los Estados Unidos la «comprensión» mostrada hacia Estados no democráticos. El idealismo percibe a estos Estados no democráticos como perpetuamente afligidos por problemas internos, asignándoles una relativa incapacidad para influir en su exterior cercano⁷. Otra anomalía reside en que una gran parte de las evaluaciones publicadas en Estados Unidos sobre el poder militar y económico de Rusia y China entre 2007 y 2015 subestima sus capacidades y, por lo tanto, no reconoce la orientación estratégica de su política exterior⁸. Esas estrategias de proyección del poder se habían publicado en las respectivas doctrinas de defensa y política exterior de Rusia y China entre 2010 y 2015^{9,10}.

Las benevolentes intenciones del liberalismo —con la aireada pretensión primaria de expandir las libertades e implantar un orden mundial normativo— no pueden justificarse si el resultado de esa política, convertida en estrategia, es consistentemente incompatible con los intereses nacionales de los Estados Unidos. Si bien el realismo, a causa de la guerra de Ucrania, está recuperando terreno gradualmente entre los estrategas, el diseño e implementación de la política exterior norteamericana se enfrenta al reto de cómo desvincularse de su orientación idealista/liberal en la ejecución sin que el país pierda la personalidad política de protector de valores.

En un artículo publicado en *The Atlantic* en noviembre de 2022, el periodista George Packer postulaba una «nueva teoría del poder estadounidense», que se fundamentaría en un internacionalismo liberal que contuviese un «reconocimiento de sus límites» para la política exterior de los Estados Unidos. Packer resumió esta estrategia hacia el final

⁷ LAWSON, Fred H. *The Logic of Political Survival*. The MIT Press, Massachusetts, 2006.

⁸ OLIKER, Olga. «Unpacking Russia's New National Security Strategy». Center for Strategic and International Studies, 7 de enero de 2016. Disponible en: <https://www.csis.org/analysis/unpacking-russias-new-national-security-strategy>

⁹ THE STATE COUNCIL THE PEOPLE'S REPUBLIC OF CHINA. *China's Military Strategy White Paper 2014*. Disponible en: http://eng.mod.gov.cn/publications/2016-07/13/content_4768294.htm

¹⁰ *Russian National Security Strategy, December 2015 - Full Text Translation*. Disponible en: <https://www.ieee.es/Galerias/fichero/OtrasPublicaciones/Internacional/2016/Russian-National-Security-Strategy-31Dec2015.pdf>

de su ensayo: «Alinear la política estadounidense con el deseo universal de libertad, pero manteniendo un agudo sentido de las consecuencias no deseadas y sin ilusiones de éxito fácil»¹¹. La sombra de Ucrania se extendía sobre el razonamiento.

El ascenso al poder del expresidente estadounidense Donald Trump en 2016 estuvo relacionado en parte con los fracasos de las políticas liberales. Trump difundió el eslogan «Estados Unidos lo primero» y no mostró ningún interés en preconizar la difusión de la democracia ni de políticas comerciales neoliberales, en crear megazonas de libre comercio transatlánticas y transpacíficas o en expandir la OTAN. No le gustaban las organizaciones internacionales, la ONU, el FMI o la OMC. Ascendió al poder como la antítesis de la hegemonía liberal de Estados Unidos. Aunque Trump perdió las elecciones de 2020, su impronta ideológica como base de apoyo no ha desaparecido.

De dónde venimos

La promoción institucional de la libertad y la democracia por parte de Estados Unidos pudo tener su justificación filosófica y lógica durante las décadas de 1980, 1990 y 2000. A finales de la primera década del siglo, e incluso en la de 2010, se podía hablar de un grado bastante alto de sustantividad del orden establecido desde el final de la Guerra Fría. Sin embargo, en 2022 quedó meridianamente claro que el periodo aludido como «fin de la historia» había sido un sueño. La historia ha reanudado su esencia de agitación, lucha por la supervivencia, feroz competencia y rivalidad.

Para evaluar adecuadamente esta nueva etapa, es importante comprender el significado de la diferencia entre ciencia e ideología: la primera adapta la teoría a la realidad, mientras que la ideología adapta la realidad a la teoría¹². Esto se puede constatar en dos teorías políticas modernistas: el liberalismo y el socialismo. Ambas se basan en la creencia en el poder ilimitado y el valor normativo de la mente. Es la mente la que le permite al hombre tomar el control de las fuerzas de la naturaleza, así como de los instintos elementales y del lado más oscuro de la naturaleza humana y la sociedad.

¹¹ PACKER, George. «A new theory of American power», *The Atlantic*. 21 de noviembre de 2022. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2022/12/american-foreign-policy-in-wartime/671899/>

¹² DESMET, Mattias. *The Psychology of Totalitarianism*. Chelsea Green Publishing, 2022, p. 44.

En los Estados Unidos, el liberalismo y el realismo han coexistido durante décadas. El primero cumple una función ideológica y doctrinal; el último es una especie de apuntador tras el telón que compensa la cacofonía de la ideología con pragmatismo. De ahí la tan criticada política de doble rasero estadounidense.

No obstante, hay que tener presente que el dualismo ideología/pragmatismo es esencialmente vulnerable. La ideología es polisémica: una cuestión de mimetismo para los realistas pragmáticos, a la vez que un objeto de fe para una multitud de académicos, diplomáticos, periodistas, militares, economistas y otros actores de élite de la política internacional. Enfocar la política exterior en términos de democratización o del grado de participación en la economía de mercado global es un ejemplo de la influencia ideológica sobre la percepción del contexto internacional y la formulación de objetivos de política exterior. Así, desde el principio pudo constatarse que el intento de democratizar Afganistán respondía puramente a un impulso de mesianismo democrático, que muchos estadounidenses apoyaron sinceramente debido a una intensa y hábil narrativa.

La desaparición de la URSS supuso la difusión de un amplio legado realista desarrollado desde la experiencia diplomática y de inteligencia, así como de una sólida aportación de la academia. Esto permitió que Rusia, después de varios años de conducta idealista a principios de los noventa, adquiriese rápidamente una base pragmática para el desarrollo de su política exterior. En la década del 2000, Rusia ya había adoptado para la política exterior la referencia del realismo, que incluía componentes de identidad del «mundo ruso» y motivaciones históricas de oposición al nazismo. Rusia no ofrece una alternativa ideológica global comparable al liberalismo. En este sentido, tampoco China ha tomado iniciativas semejantes.

La dualidad entre ideología y pragmatismo tiene su propia trampa, pues la primera es un obstáculo para los realistas pragmáticos, a la vez que un objeto de fe para multitud de diplomáticos, académicos, periodistas, militares, empresarios y otros representantes de la élite de la política exterior. La ideología, como factor autosuficiente, es capaz de primar una necesaria apariencia de racionalidad sobre la acción mediante la promoción de valores, en lugar de fines. Enfocar la política exterior o el grado de participación en la economía de mercado global en términos de democratización conforma un ejemplo de la influencia de la ideología sobre la percepción de la política exterior y la formulación de sus objetivos. El intento de democratizar Afganistán puede verse, con escepticismo,

como voluntarista, pero en los Estados Unidos tuvo el apoyo de un número considerable de sinceros partidarios de la idea.

La dosis dogmática de la política exterior estadounidense se demostró fundamental para valorar la brevedad de la euforia liberal del «fin de la historia». Esta mezcla dio lugar a políticas insostenibles —como la estratégica intervención en Afganistán—, por un lado, y a salidas del canon —expresadas en dobles raseros y la promoción avasalladora de determinados intereses bajo lemas piadosos—, por otro. Lo primero condujo a un desperdicio de recursos y a una erosión de la fe en la superioridad de la potencia hegemónica.

En segundo lugar se produjo una erosión de la confianza y un creciente escepticismo entre importantes actores internacionales. En Rusia, la quiebra de la confianza se inició con la expansión de la OTAN hacia el espacio postsoviético. En China tuvo lugar algo más tarde, cuando el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, emprendió una guerra comercial mediante sanciones económicas, a lo que las respuestas de Moscú y Pekín fueron diferentes. Rusia respondió «kinéticamente» en 2014, como fase previa a una gran estrategia. China se prepara para el peor de los casos, percepción asumida a orillas del Potomac, como queda reflejado en la National Security Strategy (NSS 2022)¹³.

La realidad se impone

La cooperación de Rusia y China no se limita a la Organización de Cooperación de Shanghái (SCO), el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (AIIB) o la colaboración en la Belt and Road Initiative. Rusia y China proponen un sistema internacional alternativo que reemplace el orden liberal establecido por EE. UU. en Occidente, mediante un ecosistema económico y de seguridad liderado por ambas naciones que reduzca los efectos agravantes de las sanciones económicas de EE. UU. en el corto plazo.

Aliados tradicionales de Estados Unidos, como Alemania e Israel, estuvieron adaptándose a la nueva distribución del poder, priorizando sus necesidades de

¹³ THE WHITE HOUSE. National Security Strategy. Octubre de 2022. Disponible en: <https://nssarchive.us/wp-content/uploads/2022/10/Biden-Harris-Administrations-National-Security-Strategy-10.2022.pdf>

seguridad y diseñando sus propias relaciones con Rusia y China. Es fácil recordar cómo Alemania expuso una postura de condena en las declaraciones de la Unión Europea ante Rusia tras la anexión de Crimea y la crisis de Ucrania en 2014, pero no respaldó las represalias cuando se le presentó la oportunidad: la canciller alemana, Angela Merkel, priorizó los intereses de las empresas alemanas en Rusia.

Siguiendo el patrón de la Ostpolitik, la priorización de los intereses nacionales en su vertiente económica en la relación con Rusia fue una constante en la política exterior alemana durante la crisis de Ucrania de 2014. Muestra de ello fue el mantenimiento del proyecto Nord Stream —contrario a la estrategia estadounidense— hasta la guerra de Ucrania. Otro aspecto que se ha de considerar son las relaciones Berlín-Pekín, puestas de manifiesto en el viaje relámpago del canciller Scholz a la capital de China para asegurarse las exportaciones alemanas pocos días después de que Washington declarase a este último país adversario estratégico en su Estrategia de Seguridad Nacional.

La competición estratégica de China y Rusia con Estados Unidos pasa, entre otros aspectos, por asimilar a los aliados tradicionales de Estados Unidos, algo que no solo sucede en Europa, sino también en Oriente Medio, el Sudeste Asiático, África y América Latina. Las hipotecas estratégicas, consumadas mediante la adjudicación de préstamos «fáciles» para la construcción y el mantenimiento de infraestructuras a países en desarrollo como Pakistán y Tanzania —lo que algunos han calificado como «deudas trampa»—, están manteniendo y aumentando globalmente la influencia de Pekín. La política de China tiene un componente de seguridad y defensa, como es evidente, en los acuerdos de minería, seguridad y arrendamiento de algunas de sus islas con Maldivas y Yibuti. Las ventajas logradas por China y Rusia en la última década son prueba de que se está produciendo un cambio geopolítico y de que la *power politics*, el realismo, impregna el proceso con toda su fuerza.

Aceptando el desafío con claridad

El debate sobre el liberalismo en la política exterior también se desarrolla entre aliados. Mientras que diplomáticos y medios de comunicación de los Estados Unidos, Canadá y Europa se centran en las violaciones de los derechos humanos, los debates sobre las

pérdidas económicas en los contratos de defensa, la congelación de inversiones y la suspensión de los programas de intercambio aportan elementos probatorios de las limitaciones del idealismo, y de las ventajas y desventajas que se derivan de él. Una política exterior se valora por sus resultados en términos de prosperidad y seguridad. Exponer y argumentar sobre la superioridad del carácter y de la posición moral nacionales tiene importancia en el ámbito doméstico, como elemento de impulso de la moral del país, pero no debería tomarse como referencia en la valoración comparativa de un competidor. La historia avala este hecho.

En Occidente se critica el realismo como base intelectual de la política exterior con el argumento de que carece de una dimensión moral, al tiempo que minimiza el papel de las organizaciones internacionales y de otros actores no estatales. La reevaluación de las herramientas y los procesos de la política exterior debe llegar al corazón de este debate sobre cómo reconciliar los valores universales de los derechos humanos, la cooperación internacional y la promoción de escenarios factibles y compatibles en el contexto de la competición entre grandes potencias.

De forma clara, la práctica del idealismo no ha logrado otorgar a los Estados Unidos una posición más sólida en el mundo, ya que no pudieron evaluar con precisión el alcance y las consecuencias del intervencionismo ni las visiones estratégicas de las potencias emergentes. La competición entre las grandes potencias y la transición tendencial del sistema internacional hacia un orden multipolar son circunstancias que exigen aceptar el desafío con claridad. Este desafío debería motivar una reevaluación honesta de las herramientas y procesos de la política exterior de los Estados Unidos para ajustarse a los hechos. Reevaluar medios y métodos sería un signo de la fortaleza y resiliencia de Occidente.

A modo de epílogo

La respuesta occidental a la invasión rusa de Ucrania puede explicarse desde el realismo. La rápida respuesta de Occidente puede entenderse desde una política de alianzas. Las acciones de Rusia amenazaron a Occidente, que, por lo tanto, ordenó una respuesta rápida y mostró un comportamiento de equilibrio. Esta política de alianzas funcionó aparentemente, ya que los compromisos vinculantes con la seguridad, en su versión de defensa colectiva, solo son posibles si existe la percepción de una amenaza

común y vital. El nivel de amenaza, a su vez, depende del poder, la proximidad y las capacidades e intenciones del enemigo.

La pesadilla que Rusia ha desatado sobre Ucrania aún no ha terminado, pero remodelará el mundo que habitamos. La importancia para la historia mundial del año 2022 supera con creces la de 2001, cuando ocurrieron los ataques del 11 de septiembre, o la de 2008, cuando estalló la crisis financiera internacional. 2022 puede ser comparable a 1989, con la reunificación de Alemania, y a 1991, con el fin del Imperio soviético.

Si puede apuntarse una nueva tendencia es la desoccidentalización, iniciada con el *pivot* de Obama y que en 2022 no se limitó al empleo por parte de Rusia de métodos militares radicales para tratar de romper el orden internacional dominado por la hegemonía estadounidense. Rusia está acelerando su propio *pivot* hacia el Este y la integración en la Unión Económica Euroasiática. China, tras el XX Congreso Nacional del Partido Comunista, intenta por todos los medios superar los efectos del COVID-19 y su recesión económica y avanzar hacia el objetivo de ser un poder socialista moderno en 2050.

*J. Enrique Fojón Lagoa**

Infante de Marina (Ret)

Doctor en Relaciones Internacionales, UCM